

MIEDO

El abuelo me dijo que nunca abriese el ropero. “Hay un soldado y si lo haces nos matará a los dos”, dijo. Como buen nieto, parte de mi trabajo era seguirle la corriente, así que acaté los deseos del abuelo. Cuando murió, meses más tarde, hurgué toda la habitación en busca de un recuerdo. El ropero, sin embargo, no lo abrí. Yo también imaginaba a ese señor con un fusil acerado apuntándome, con esas botas como tanques en silencio aguardando la señal y ese uniforme pertrechado de granadas. Me lo imagino mirándome a través de las rendijas de la madera carcomida esperando abalanzarse sobre la primera persona lo suficientemente ingenua para abrirla.